

El papel de la participación ciudadana en el fortalecimiento de la democracia

7 de julio de 2016

Biblioteca Municipal de Archidona

Podemos -y debemos- seguir pensando y creyendo en la democracia como la plasmación de unos valores, un sistema concebido para garantizar el control popular del poder. Un sistema que tiene paradójicamente su potencia en su propia imperfección, pero también en su intrínseca perfectibilidad, a diferencia de los sistemas autocráticos y dictatoriales que llevan en sí mismos el germen de su empeoramiento. El problema es que cuando la democracia se quedó sola - sin otros oponentes que las dictaduras- se convirtió en un poder en sí mismo, como una representación del poder popular, sí, pero entendiendo aquí la palabra **representación** más en el sentido de figuración, fingimiento o simulación teatral que en el de su personificación o encarnación siquiera simbólica. Hoy día es patente la sensación ciudadana de que cuando más grande es la máscara del poder popular, más desdibujado es el ejercicio de la soberanía. Es un hecho y habría que estar ciego para no palpar el descontento. (Y eso fue lo que pasó el 15M: una protesta democrática CONTRA la propia democracia).

Haciendo historia creo que podemos estar de acuerdo en que nuestra joven, imperfecta pero sólida democracia se larvó ya en las propias entrañas del franquismo, por una razón elemental: las democracias formales, no nos engañemos, están ligadas a un determinado nivel de vida que a su vez producen inevitables transformaciones sociológicas: la España de Franco dejó de ser la España de Franco ya desde el Plan de Estabilización de 1960 y la evolución interna del país no hacía más que acusar la creciente contradicción con la superestructura del régimen hasta la propia muerte del dictador, por más que sus estertores fueran coletazos de dragón. El caldo de cultivo ya estaba maduro para la Transición política y la homologación con una democracia representativa basada en el sufragio. En ese caldo ya bullían, aunque no estuviesen autorizados del todo, un buen número de movimientos asociativos de base, no forzosamente vinculados a partidos o corrientes políticas, que en aquellos momentos estaban sustituyendo a la normalidad del sistema partidista: colegios profesionales, asociaciones familiares y las primeras manifestaciones de lo que fue el movimiento vecinal organizado. Había, lógicamente, una incontenible hambre de libertad de expresión y participación.

En paralelo con la homologación democrática y la consolidación del sistema parlamentario es interesante analizar la evolución de las reivindicaciones ciudadanas tramitadas por el movimiento vecinal. En principio las reivindicaciones se desatan y se aglutinan con fuerza en torno

a la aparición de un problema ciudadano concreto: por poner un ejemplo próximo, en Málaga, fue la constitución en 1974 de la primera asociación de Cabezas de Familia del barrio de la Trinidad, ante la inminente apertura al tráfico de la calle Jaboneros y la erradicación sin contemplaciones de los vecinos afectados hacia la periferia. El problema podría tener un trasfondo ideológico indudable, en cuanto traducía una forma especulativa e implacable de hacer ciudad, desde el propio Estado, imponiendo criterios de rentabilidad económica sobre cualquier otra consideración de índole social, histórica o cultural. Acababa de salir hacía poco la carta de Amsterdam que consagraba el derecho de los moradores de la ciudad, generadores de sus plusvalías, a permanecer en sus lugares de origen en los procesos de renovación urbana. Pero para la población afectada esas sólidas razones conceptuales y políticas se concretaban sencillamente en que si no se movían los echaban del barrio. Así de claro. Aquel fue el germen del movimiento vecinal en Málaga y, justo es decirlo, la Administración reaccionó con rapidez de reflejos convocando el Plan Especial de Rehabilitación de los barrios de Trinidad y Perchel que, con todas las imperfecciones de su puesta en práctica, al menos garantizó la permanencia de 600 familias en el lugar.

Pero lo que interesa comentar es que, desde un problema dramático y concreto como era la amenaza de expulsión de tu barrio, el Movimiento Vecinal pasó a reivindicar mejoras de otro nivel en sus ámbitos de residencia, presididas por un enorme realismo en la formulación de sus peticiones, como se puso de manifiesto en el proceso participativo del PGOU del 83: la gente no se andaba por las ramas; se pedía una escuela, un centro cultural, un jardín, un paso de cebra o diversos elementos de la urbanización primaria. Hoy día, y tras un proceso de maduración digno de ser analizado, la reivindicación vecinal ha trascendido los estrictos límites territoriales de sus ámbitos de residencia para saltar a exigencias globales de calidad de vida y a un sentido de pertenencia, no ya a esos ámbitos, sino a la ciudad en su conjunto: de detener la construcción de una calle hemos pasado a reivindicar nuestro derecho a participar en la elaboración del espacio público, entendiendo éste no sólo en su estricta acepción geográfica sino como configuración de un espacio global de convivencia, un rol urbano por el cual nos reconocemos y somos reconocidos por los demás. En definitiva, con la participación cívica se ha acabado por reivindicar plenamente el derecho a la ciudad que hace más de cuarenta años dejó escrito Henri Lefèvbre en un libro cásico.

Podría poner otro ejemplo en apoyo de lo que decimos: el manifiesto suscrito por cuarenta personas y avalado por cerca de seiscientas, vía Internet, para deshacer la construcción de un gran centro comercial en el

muelle 2 del Puerto de Málaga a cargo de una empresa pirata. Ciertamente las Administraciones implicadas reaccionaron inmediatamente deteniendo esas iniciativas, lo cual no deja de ser un dato favorable, pero la pregunta que flota es ¿por qué teníamos que haber llegado a eso? Los firmantes de esas adhesiones, a las que tuvimos acceso, eran malagueños y malagueñas a los que impropriamente podríamos calificar de anónimos, porque estaban ahí, consignando sus nombres, apellidos, documentos de identidad, profesiones, y unas opiniones en las que ni la clase política ni siquiera los medios de comunicación salían bien parados. Había de todo, desde profesores universitarios, amas de casa, funcionarios públicos, profesionales liberales, trabajadores y parados...ciudadanos cuyo testimonio delataba tanto la unanimidad contra el objeto del manifiesto como una evidente frustración por no ver correspondidas, en un régimen democrático y formalmente representativo, sus ansias de participación pública. Hoy día ese espacio es El Palmeral de las Sorpresas, pero algo, evidentemente, estaba fallando en la relación entre el poder y los representados .

La invitación que se me hace por la UMA y la Fundación MADECA junto con dos buenos amigos contertulios, para dictar una breve ponencia me sitúa ante la necesidad de expresar una opinión, por discutible que sea, contando con la benevolencia de los presentes. Y es que, a mi modesto parecer de simple ciudadano, en el problema de la participación pública y sus dificultades de articulación, que provocan un descontento hacia el sistema, operan varios ingredientes.

Volvamos al principio: la democracia aporta un armazón político a una nueva forma de capitalismo trasnacional sobre el que cada vez tienen menos capacidad de decisión, precisamente, las instancias políticas. Es un capitalismo del que no conocemos su rostro (los fatídicos “mercados”) pero sí sus aplicaciones y consecuencias, porque hoy día está expandido por el mundo como el aire que se respira. Nada hay fuera del capitalismo, pero se trata de un capitalismo hiperliberal que, desde hace mucho tiempo, descubrió el crecimiento urbano como un motor económico en sí mismo, consolidando lo que sin duda es un contrasentido conceptual, tan aberrante como universalmente extendido: un crecimiento urbano que no se corresponde con la tasa de crecimiento demográfico sino como un factor estructural del modelo económico, y no su consecuencia: urbanizar, urbanizarlo todo para aumentar el Producto Interior Bruto, tomando éste como único referente del desarrollo. Más claramente, crecer para generar riqueza y no el crecimiento como la consecuencia natural de la acumulación de ésta. No es éste, evidentemente, el mejor contexto para que

se abran paso entre esa brutal razón económica los intereses sociales de la ciudadanía.

La multiplicidad de centros de decisión- que no sabemos a ciencia cierta donde están y dónde surgen no ha impedido, “la paulatina concentración de poder en unas pocas manos, siendo patente la percepción por parte de las sociedades occidentales de que muchos de los aspectos más relevantes de la vida cotidiana se deciden en organizaciones que no están sujetas a sufragio”. Hay muchas razones de política económica con enorme incidencia territorial que no pasan ni por los ayuntamientos ni por los ciudadanos. Y también la inversa, esto es, decisiones de política territorial con enormes repercusiones económicas que no pasan siquiera por los gobiernos. Ante esto cuántas veces la ciudadanía podría decir: “yo no les entregué a ustedes el voto para esto”. Esta complejidad, ubicuidad y, a veces, invisibilidad de los verdaderos centros de poder que superan el control político hace que los ciudadanos se alejen del entendimiento de la ciudad y sus políticas; “no pueden decidir sobre el espacio que habitan, el cual ven transformado sin necesidad y sin su opinión, ya que, como hemos dicho, nuestras ciudades se transforman en mercancías y las operaciones sobre ellas son cada vez más rentables”.

Todo ello no impide que la democracia, como ropaje político de la versión más hiperliberal del capitalismo, desarrolle sus propios mecanismos de defensa y de enmascaramiento como la tinta del calamar. Uno de ellos, identificado como una de las características de la sociedad, llamémosla post-moderna, para distinguirla de la sociedad moderna o post-industrial, es lo que Gilles Lipovetsky denomina el “proceso de personalización”, cuya manifestación, o, mejor, su fundamento, es la exacerbación de la libertad individual, frente al autoritarismo y la homogeneización de la sociedad dirigida anterior. **Hoy estamos totalmente encantados de reconocernos en una sociedad postmoderna que supone la emancipación de lo individual y la multiplicación infinita de las opciones electivas.** Pero a esta situación, posibilitada, por supuesto, por el desarrollo de las Tecnologías de la Innovación y el Conocimiento, hemos llegado, no como la máxima expresión de un proceso de madurez social y participativo- que ya nos hubiera gustado considerarlo así- sino, una vez más, como la necesaria consecuencia de una economía esencialmente basada en el consumo. La posibilidad que nos proporcionan los miles de cacharritos tecnológicos a nuestra disposición- desde un PC a un “handle” multiusos- de hacer una vida “a la carta”, envueltos en una atmósfera de permanente seducción, permite extender el consumo hasta unos límites de productividad insospechados. Se nos dice que nunca ha habido más capacidad individual de elección- y por tanto, de **participación-** en la

historia; no sé si esto es cierto, pero desde luego sí lo es el hecho de que nunca el mercado ha estado más provechosamente fragmentado en millones de consumidores diferenciados y diversos. En el viejo sistema de producción taylorista y fordista, de producción en cadena, el consumidor TAMBIÉN tenía que ser, en cierto modo, un consumidor en cadena, sometido a las rigideces de unos códigos homogéneos y unitarios, al dictado de un pensamiento único, ya fuera de derechas o de izquierdas. En la actual economía del consumo exacerbado, el consumidor **ES YA** el primer producto. Entonces lo social estaba atacado por la homogeneización. Hoy, en un sistema de producción “a la carta”, el ciudadano, transmutado en **consumidor**, tiene que estar infinitamente fragmentado, **seducido** por la posibilidad de elegir infinitos productos y modos de vida. Hoy, por el contrario, lo social es atacado por la diversidad y la banalidad de las relaciones inter-individuales: del pensamiento único hemos pasado al pensamiento relativo, de éste al pensamiento débil y de éste a no pensar nada, que es exactamente el mensaje que de una manera obsesiva se nos transmite por los mass-media, pues desde los poderes político-económicos se es consciente de que, si bien la diversidad y la información favorece el consumo, **también hay que tener cuidado, ojo, porque propicia un clima social más difícil de controlar en la propia aleatoriedad de los comportamientos.**

(Recuerdo ahora cómo Aldous Huxley, en su visionaria novela “Un mundo feliz” había creado un código moral que establecía la bondad absoluta del consumo como sistema “participativo”, en clara sustitución de esa otra participación social tan temida: la política).

A pesar de que desde las administraciones e instituciones políticas se invoca el vigor de la sociedad civil como síntoma de la salud y el perfeccionamiento continuo de la democracia- y no tengo razones para pensar lo contrario- nada en nuestra cotidianeidad contribuye a generar el necesario clima sobre el que habría de sustentarse ese vigor. **Una cosa es el individualismo para ejercer la máxima libertad de consumo en un mercado fragmentado y otra el individualismo para desarrollar desde él una conciencia de responsabilidad social y colectiva.** Una cosa es el individualismo tonto de un adicto al twitter o a la telebasura desde el poderío de su mando a distancia y otra el individualismo reflexivo de un ciudadano que no se deja engatusar. Pero es que, además, es difícil fomentar la responsabilidad individual cuando ya desde la escuela los alumnos tienen como paradigma de su propia formación humana el supremo valor empresarial de la competitividad. **No se fomenta la competitividad con UNO MISMO** (que estaría muy bien) **sino en la insolidaria superación del otro**, clima en el que es **difícil que brote la**

conciencia moral de lo público como el espacio común de lo de TODOS. Pero sigamos con las paradojas del enmascaramiento:

Ese paroxismo de la individualidad, en otro orden de cosas, ha dado lugar a la fragmentación y multiplicación puntillosa de los derechos individuales: su protección ha generado un entramado de leyes y normas, con frecuencia solapadas entre sí, cuya consecuencia inmediata ha sido un extraordinario aumento de la burocracia. So pretexto de proteger los más sutiles derechos de los individuos hemos generado un corpus normativo y una administración de corralitos competenciales que dificulta, no ya toda posibilidad de acción creativa de los individuos en un proceso participativo, sino la misma acción política de gobierno, consolidando un sistema económico endogámico basado en la retroalimentación de una burocracia hipertrofiada. El Defensor del Ciudadano puede dar cuenta de cómo una gran parte de las denuncias que recibe van dirigidas contra la agresión de esa burocracia. A este respecto dice con acierto el antropólogo Manuel Delgado: “si las líneas que conforman la ciudad son horizontales, las que genera el Estado son jerárquicas y verticales”. Tiene razón Delgado: el miedo a lo aleatorio, a lo fortuito, a lo extraño, a los flujos azarosos que se dan hoy en la ciudad, sus encuentros... **a la verdadera participación**, en suma, todo ello obliga a pautar la sociedad vertical y jerárquicamente con unas normas que en modo alguno son una forma racional de regular la convivencia, que no aciertan a comprender la naturaleza esencialmente diversa, dinámica y mutante de lo social, hoy, sino dogmas que sacralizan y petrifican un concepto de comunidad amañado en el que la abrumadora profusión de derechos acaba por imposibilitar el propio ejercicio de los mismos, anulando, en consecuencia, el ejercicio de la soberanía popular en nombre... de la soberanía popular, miren ustedes por dónde. Tenemos tan enormemente reguladas las libertades de nuestros derechos, que al final son la hipertrofia de nuestros derechos los que nos impiden el ejercicio de nuestras libertades.

Es ésta una trampa en que la propia política ha caído porque, honestamente, no parece lógico creo que haya políticos con responsabilidades directas ante los ciudadanos, a los que interese silenciar conscientemente la voz de la sociedad civil. Yo creo que el vigor de la sociedad civil no es sólo una conquista de ésta frente al poder político sino un elemento sustancial de la democracia que redundo, precisamente a favor del poder político. Pero también creo, con la misma sinceridad, que no todos los políticos lo ven así. Una sociedad civil que articule su participación pública en un proceso de información previa, consulta, debate e incidencia en la gestión, es de una enorme ayuda para la labor de gobierno, pues contribuye a consolidar aquello que más estabilidad puede proporcionarle, es decir, su legitimación.

Y aquí intervienen dos concepciones de la legitimación política, las de los que piensan que esa legitimación hay que ganársela día a día frente al escrutinio permanente de los representados y los que consideran que, como corresponde a la nueva religión laica de la Democracia, esa legitimación es poco más o menos, de origen divino. De nuevo emerge el sentido de la responsabilidad como la corriente interna de doble sentido entre la sociedad y el poder. Por un lado, el movimiento ciudadano, en todas sus manifestaciones, como dice el profesor Pérez Quintana, “es y debe ser de forma simultánea, un medio, un método y un fin; entendiendo por participación el compromiso y la actuación de un gran número de ciudadanos y ciudadanas en la escena y la agenda de las políticas municipal y regional e, incluso, de las políticas nacional e internacional, en la medida en que éstas tienen un claro reflejo sobre la ciudad y sobre las redes de ciudades”. Del otro lado es fácil entender también el compromiso y la responsabilidad de quien debe dar cuentas directas ante su circunscripción electoral; pero también es fácil entender que esa responsabilidad se diluya en el anonimato y en la cobertura de unas listas cerradas, como las que tiene nuestro sistema político. Son dos terrenos de juego, dos formas bien distintas de entender la política. La primera propende al pacto, al fomento de la participación, a desafiar con franqueza el conflicto, cuya presencia y superación es la esencia de la gobernanza y el ejercicio de la civilidad. La segunda, simplemente conduce a la endogamia, a la consolidación y perpetuación de los privilegios estamentales, al miedo a que el conflicto y esas corrientes aleatorias de la ciudadanía pongan esos privilegios en peligro, sin saber que la máxima fuerza de la política- y yo diría más, la máxima seducción de un partido político hoy, con la crisis de las ideologías- no está en su proteccionismo endogámico, sino en esa expresión de sana autoridad que transmite aceptar el mayor grado de participación discrepante en la resolución de los conflictos. Porque, como dice el profesor Iglesias de la Universidad Juan Carlos I, “la participación no trae como consecuencia la pérdida del control público en los procesos de toma de decisiones, pues, en última instancia, las autoridades públicas ostentan los recursos para tomar la decisión final, de tal manera que el control jerárquico y la autorregulación no son mutuamente excluyentes, sino complementarios, como elementos de una forma de ejercicio de la gobernanza mediante el fomento de la cooperación horizontal”. Estamos totalmente de acuerdo con esta opinión: lejos de suplir a la instancia política desde actitudes asamblearias y estériles, la participación es una **forma de crear capital social, de educar ciudadanos y de crear la conciencia comunitaria de ciudadanía, factores todos ellos de la Democracia y, por tanto de la Política. Participar no es trasladar a la ciudadanía responsabilidades políticas que han de asumir quienes han recibido un mandato popular. Participar es la antítesis del populismo**

asambleario, que se beneficia del mayor fraude que se puede dar en democracia, esto es, NO INFORMAR, DESINFORMAR o mantener en la ignorancia a la ciudadanía para hacerle luego la consulta una vez que estamos seguros que va a responder lo que previamente le hemos inculcado.

Termino con un mensaje optimista. Hemos de confesar que muchas veces hemos sido tentados de proclamar el despotismo ilustrado en las ocasiones en que la ciudadanía se despoja de su cívica condición para mostrar el abominable rostro de la masa. Lo vemos en algunas manifestaciones deportivas y en los berridos digitales de los que insultan y calumnian en las redes sociales escudados en la cobardía del anonimato. Pero eso es sólo la sombra de la luz. Los movimientos asociativos movidos por la instintiva pulsión de compartir ideas, iniciativas, aficiones e intereses proliferan cada día más, así como la economía social del llamado “tercer sector”, de Organizaciones No Gubernamentales y asociaciones complementarias de los servicios del estado sin ánimo de lucro; los ayuntamientos tienen institucionalizada esa participación en concejalías y departamentos pero, sobre todo, está el hecho imparable de las Redes Sociales en el espacio de los flujos, que dibujan un panorama fascinante, desplazándonos al territorio trascendente de los mitos: el del conocimiento universal, la derrota de los oligopolios informativos, la culminación de la democracia participativa, el atisbo de una hermandad planetaria donde todo intento de acumulación de poder queda perforado por los infinitos dardos de la información, las opiniones y las ideas que se entrecruzan por la Red, sin que contra ellos sirva el tosco armamento de los dictadores y plutócratas imponiendo inútilmente su silencio. **Es, como digo, un panorama optimista, siempre que esa fabulosa arma esté cargada por quien la usa de sentido de la responsabilidad para que no esté previamente neutralizada con la pólvora mojada de la alienación, la desinformación y la incultura , como acabo de decir.** Nada hay más desolador que tener el mundo al alcance de un ordenador personal o un iPhone para decir idioteces por la Red. La participación pública está, pues, ahí, asumida plenamente como el ingrediente sustancial de la democracia siempre que hagamos de ella un uso activo y responsable. Y es que, queridos amigos, sería muy triste que el sagrado aforismo: “Un hombre, un voto”- que sintetiza en su hermosa simplicidad el punto máximo de civilización a la que ha llegado el ser humano en el control de sus propios destinos- acabara siendo, paradójicamente, la fórmula por la que la voluntad popular entregase esos destinos a una élite distante y dominante bajo la que se escuda un poder planetario y desregulado. Costó mucho trabajo alcanzar la democracia y, como diría un castizo, “para eso no hicimos la guerra”.

Salvador Moreno Peralta, arquitecto